



HAL
open science

La historia regresiva según François Chevalier

Mathias Gardet

► **To cite this version:**

Mathias Gardet. La historia regresiva según François Chevalier: o cómo remontar el tiempo desplazándose en el espacio. *Takwá*, 2008, 13, p. 103-124. hal-02965568

HAL Id: hal-02965568

<https://univ-paris8.hal.science/hal-02965568>

Submitted on 13 Oct 2020

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

La historia regresiva según François Chevalier

o cómo remontar el tiempo desplazándose en el espacio

par Mathias Gardet, historien, PR en sciences de l'éducation, université de Paris 8

publié dans la revue *Takná*, n°13, Mexique, Universidad de Guadalajara, 2008, p. 103-124

- En realidad hay cuatro dimensiones : tres que llamamos los tres planos del espacio y una cuarta: el Tiempo [...]. Ahí viene lo que significa realmente la cuarta dimensión ; mucha gente habla sin saber. Sólo es otra manera de pensar el Tiempo. No hay ninguna diferencia entre el Tiempo, cuarta dimensión y otra de las tres dimensiones del espacio, sino que nuestra conciencia se mueve con ella [...]. Hace mucho tiempo que tenía la vaga idea de una máquina que viajará indiferentemente en todas las direcciones del espacio y del tiempo según los deseos del que la maneja [...]

- Eso sería fabulosamente cómodo para un historiador

H.G. Wells, La máquina del tiempo

François Chevalier es una referencia ineludible para todo estudiante que trabaja en la historia de América latina. Tardé mucho en entender que tenía el privilegio de frecuentarlo ya que su presencia en los seminarios de su sucesor, François-Xavier Guerra, era muy discreta. Tardé todavía más en descubrir al hombre de terreno detrás de esa silueta amable, con traje, corbata y lentes. Fue sólo en este momento que entendí la originalidad de su manera de hacer la historia, basándose tanto en un conocimiento sutil de los archivos como en la percepción sensible de su terreno de investigación. Detrás del erudito, del hombre de letras se esconde (en realidad no se esconde mucho) un explorador apasionado que desembarcó en esa tierra mexicana en 1946 con una Harley-Davidson. Recorrió infatigablemente todo el país, apuntando sobre el mapa de la República varios puntos diciendo : « quiero ir allí », sin importarle que hubiera o no camino transitable, abandonando a veces su fiel moto para ir a zonas todavía más apartadas a caballo o sobre mulas.

Gracias al trabajo de Javier Pérez Siller, descubrí sus « viajes y pasiones »¹, y tuve ganas a mi vez de interrogar a François Chevalier, de recorrer sus notas consignadas en sus pequeños cuadernos de viaje y descubrir sus bellísimas fotos.

La ocasión se presentó cuando montamos, en el año 1999, una operación de inventario y rescate de su biblioteca y archivo que se encontraba en el centro de estudios hispanoamericanos de la Sorbona, todavía sin catalogar. Con dos compañeros, Véronique Hébrard y Jorge Santiago, empezamos esa labor que nos llevó de la Sorbona a la casa de François Chevalier, quién justamente estaba mudándose y había decidido completar esa donación con otros libros que tenía guardados.

Durante esos encuentros con François Chevalier pudimos valorar la importancia de esa dimensión del terreno que para él está en el corazón de su práctica de historiador, cuestionando los fundamentos de esa disciplina : ciencia del pasado por cierto, pero también capacidad de observación del presente en una constante búsqueda de huellas. Para rendir

¹. François Chevalier, Javier Pérez Siller, *Viajes y pasiones*, México, IFAL/Fondo de cultura económica, 1998.

homenaje a esa concepción de la historia fuimos sobre sus pasos volviendo a hacer uno de los viajes que más lo marcó, el que efectuó a caballo en mayo de 1948 sobre la costa de Michoacán, hasta el pueblo indígena de Ostula².

Pero antes de hacer ese viaje fui marcado, un poco a la manera de un lector de Julio Verne, por la lectura de los cuadernos de viaje de François Chevalier que tienen esa extraña capacidad de transportarnos hacia otro mundo. Aquellas anotaciones manuscritas, esos pequeños garabatos, redactados noche tras noche como un diario íntimo, tenían todavía más fuerza evocadora ya que se sitúan antes e independientemente del proceso de escritura de la historia. Sin pretensiones científicas, esas notas nos llevan a una intimidad con el hombre de terreno quién además, en este caso, revela ser un formidable narrador poblando sus relatos de imágenes, sensaciones, impresiones, historias...

Prisma español y fascinación de lo nuevo

El primer cuaderno mexicano de François Chevalier cubre el período 1946-1955 (casi diez años). En realidad no es su primer cuaderno sino el cuarto. El « primerizo » cuaderno que pude consultar empieza en 1930 (François Chevalier tenía sólo 16 años) y va hasta el año 1938 (un período de ocho años). A François Chevalier no le gusta mucho que lo manejen, sólo pude hojearlo rápidamente y entender que en ese cuaderno hizo sus primeras armas, de manera desordenada ; se trata de un cuaderno de juventud con bosquejos de autos (los de carrera por supuesto), caricaturas de maestros e impresiones íntimas. El segundo y el tercer cuaderno cubren respectivamente los períodos 1940-1942 y 1942-1946, están vinculados con la estancia de François Chevalier en España, como estudiante en la Escuela de altos estudios hispánicos de la Casa Velázquez en Madrid. Es durante esa estancia que François Chevalier empezó a transcribir regularmente sus impresiones de viaje, recorriendo el país ; es en ese período que descubre los archivos de las Indias en Sevilla y se apasiona por la historia de México. Esos años están marcados también por la guerra, y quizás por esta razón tampoco le gusta prestar los dos cuadernos que cubren esos seis años.

Esa inmersión en el universo español era tan fuerte que, en cuanto llega a México, se volviera su principal modelo de referencia. Es a través de ese prisma español que François Chevalier observa durante un tiempo su nuevo país de acogida. México se vuelve así un poco como su Magdalena de Proust, y es casi con sorpresa que anota las diferencias que no encajan con su visión española, como si México fuera uno de esos espejos traviosos de las ferias que deforman la realidad.

A un poco más de un mes de su llegada a México, François Chevalier organiza una primera excursión arqueológica en los alrededores de la capital. Durante ese primer viaje nota que los pueblos que atraviesa parecen « *leprosos, sucios, recordando muchas veces los pueblos andaluces, pero menos cuidados* ». Llega después a Tlalmanalco cuya plaza con sus arcadas tiene, según él, « *un aspecto más o menos andaluz* ».

El fin de semana siguiente, el 15 y 16 de junio de 1946, decide ir a Puebla. Sale el sábado por la noche y llega ya muy tarde para dormir. El domingo por la mañana, despertado por la campanas de la catedral, nota que « *el sonido se parece a las campanas de Sevilla, quizás un poco más rápido* ». El estilo de las iglesias y la ciudad en general le parecen netamente andaluces.

Quince días después, el 30 de junio de 1946, haciendo una excursión a Actopan, ese convento fortificado de la mitad del siglo XVI, describe la fachada como andaluza, el campanario y las

². Un documental fue realizado por Agustin Viatte contando esa aventura : *Destinación Ostula*, Paris, Gédéon films, 2003.

almenas le hacen pensar en un « *minarete exactamente como los de África del norte o de Andalucía* ». Prolongando esa excursión con una visita al mercado vecino, hasta encuentra que los indios otomíes tienen « *un tipo verdaderamente goyesco* ».

El miércoles siguiente, el 2 de julio de 1946, va por primera vez a Michoacán, bajando sobre Tuxpan, desemboca sobre una llanura con palmeras y reconoce que no tiene el aspecto andaluz, pero, llegando a Morelia de nuevo se encuentra en terreno familiar : « *Las casas con gárgolas tienen esas clásicas ventanas andaluzas, a veces con un aspecto extremeño o castellano* ». Al oeste de la ciudad, los barrios más tranquilos con sus casas de cantera color rosa, le recuerdan Salamanca : « *una Salamanca tropical o por lo menos húmeda* ». Otras calles le recuerdan « *esas pequeñas ciudades de provincia adormecidas de Extremadura o quizás también de Castilla del norte* ». En cuanto a los jinetes que cabalgan por las calles, luego luego nota que « *el estribo, parecido a la punta de un zueco de cuero, es del mismo tipo del que usan los campesinos de Galicia* ». El resto del viaje hacia Guadalajara le hace constantemente recordar el Norte de España, « *salvo unos pequeños pueblos sucios que parecen más bien semiextremeños o andaluzes* ».

El 9 de julio, cuenta divertido que su camión (es la primera vez que usa un mexicanismo diciendo camión en vez de autobús) se llama como una poesía típicamente española « *El enamorado* », « *Adiós preciosa* », « *No llores chula* ».

El 13 de julio de 1946, llegado a la pequeña ciudad de San Juan de los Lagos, relata en cambio, con emoción, una ceremonia a la cual asiste y que excepcionalmente no le hace pensar en nada conocido :

« Para celebrar el fin de una novena en una pequeña iglesia, he asistido a un baile extremadamente curioso (en el cual noté que no hay cura) : una decena de hombres (y algunos chavos) están vestidos de una especie de corsé rojo decorado de perlas y de espejitos, llevan una falda roja corta con franjas de perla, unos pantalones cortos y medias rojas. En una mano llevan una calabaza llena de piedras que hace oficio de cascabel, en la otra una especie de arco con flecha. Un hombre toca el violín, otro toca rítmicamente un tambor alto. Los bailarines, uno frente al otro, componen como una cuadrilla, zapateando y agitando sus calabazas, hacen diversos pasos. Después de un momento, noto una cierta excitación en varios de ellos particularmente uno grande con bigote, castaño y de tipo más bien español, mientras que los otros tienen un tipo netamente indio o mestizo. El conjunto es extraño y no parece para nada español ».

Será lo mismo con su círculo de amistades en la ciudad de México. Las reacciones a veces sorprendentes de sus huéspedes le parecerán sin embargo familiares. El 3 de agosto de 1946, recibe a cenar a una pareja de amigos y relata la siguiente anécdota :

*« La señora A** me contó como su marido, que en aquel entonces era su novio, llegando tarde a una cita acusó a su reloj, un reloj de oro ! Lo tiró al suelo pisándolo y abandonándolo para castigarlo... una generosidad, caballerosidad y desprecio del oro típicamente españoles ».*

Sin embargo, unos meses más tarde, estará sorprendido al ser invitado a su vez a casa de otros amigos « *tipo burgueses de México* », cuando se armó una fiesta :

« Se bebe Pepsi-Cola mezclado con ron. Los padres y madres de familia están presentes, que bueno, ya que sus propias hijas con otros bailan rumbas de una manera increíble. Más bien corpulentas, las mexicanas dan unos brincos, se estremecen y hacen baile del vientre, como nunca vi donde nosotros, casi obsceno. La sangre es caliente ! ».

Pero es de nuevo España a la que se refiere cuando vuelve a salir por las carreteras mexicanas. En diciembre de 1946, va al estado de Veracruz, primero a Gutiérrez Zamora y después a San Rafael, donde apunta que « *el pueblo parece extrañamente poco construido en comparación con los viejos pueblos españoles* ». Sigue su excursión bajo la lluvia hasta Teziutlán donde encuentra de nuevo

que los indígenas con sus sarapes tapándoles la boca son « verdaderos Goyas ». Los pueblos siguientes situados « en una llano bordeado de sierras, como una especie de fondo de lago blancuzco » son « *construidos de adobe con calles anchas y arenosas, el viento levantando el polvo* », lo que le recuerda « *la vieja Castilla o más bien una vieja Castilla que hubiera sido decolorada sin los ocreos o los rojos de España* ».

El 10 de enero de 1947, sale hacia el norte, a Aguascalientes pasando por Ojuelos (« *una carretera asfaltada !* »), atraviesa unas « *lomas semidesérticas, con algunos cactus, sin un alma viva* » y después « *un llano ancho decolorado, a veces bermejo o blancuzco con curiosos efectos de luz, limitado por sierras azules o de color ultramar* » ; ve unas « *escasas vacas que, por mimetismo, parecen coloreadas de gris o de blanco* »... Reconoce que aquello « *es extraño, muy fuerte para un europeo, aunque a veces de aspecto castellano* ».

Una vez llegado a Aguascalientes, al atardecer se pasea por la ciudad y por primera vez describe la catedral como « *muy mexicana* ».

El 13 de enero, esa exótica impresión se reesfuerza al dejar la ciudad de Zacatecas, ya que encuentra que le paisaje tiene « *un aire africano* ».

El 15 de enero, llega a un pueblo con el bello apelativo de « *Nombre de Dios* » y se toma el tiempo de describir una « *muy curiosa iglesita de piedra cuyo pórtico rústico lleva decoraciones de estilo popular* ».

Las alusiones a España son cada vez más escasas y las descripciones de los nuevos decorados y de las nuevas poblaciones más precisas. El 29 de junio de 1947, llegando a San Cristóbal de las Casas, describe esa ciudad donde unos indígenas pequeños « *trotan* » y toma largos apuntes sobre el ambiente del mercado :

« Unos indígenas silenciosos compran y venden todos los productos del país : unos con grandes sombreros puntiagudos [al margen del texto hay un bosquejo] envueltos en un sarape de lana color natural apretado a la cintura con una correa de cuero, llevan pantalones cortos dejando sus piernas desnudas ; o con un sarape enteramente negro, un sombrero llano con una pequeña punta y con cintas [otro bosquejo ilustra el texto]. A veces, llevan un palo grande en la mano o suspendido en la espalda. Las mujeres, generalmente vestidas de negro llevan sus niños en la espalda, unas cargas sujetadas en la frente... tienen un aire chino o de Mongolia ».

Entre 1946 y finales de 1947, asistimos así a una sutil transformación de la mirada de François Chevalier sobre el país : pasa de una visión de reconocimiento a una mirada de descubrimiento. Es la enfermedad clásica del viajero, pero es impactante poder asistir a ese cambio a lo largo de las páginas de sus cuadernos de viaje. François Chevalier ya no busca los signos de la presencia española en México, su cuadro de referencia explota y ya no es suficiente para describir lo que ve. Empieza entonces a mirar lo que es diferente y trata de describirlo con una insaciable curiosidad.

Pero, a pesar de esa evolución, nos podemos interrogar sobre el lector virtual de esos cuadernos. Aún si se trata de cuadernos privados que François Chevalier vigila con custodia, están demasiado bien redactados para ser una memoria de uso exclusivamente personal. Como lo analiza tan bien Jean-Louis Curtis de la Academia francesa, en su introducción al diario de Samuel Pepys, un hombre político inglés del siglo XVIII :

« La ambigüedad fundamental de un diario íntimo es que pretende ser íntimo, es decir secreto, cuando en realidad se escribe para un público. El actor finge estar solo en la escena pero la cortina está levantada y lo sabe. No está solo, su público virtual está allí, presente en su conciencia en el momento en que escribe dízque para el solo. Ninguna pretensión a la sinceridad puede acabar con esa impostura original »³.

³. *Journal de Samuel Pepys*, Paris, Mercure de France, 1987, p. 17.

En efecto, por más que ese diario de Samuel Pepys llevara un código secreto, supuestamente indescifrable, no es una casualidad que, después de su muerte, se descubriera en sus archivos una hoja dando la clave para entenderlo, lo que permitirá a un pastor protestante traducirlo en inglés leíble.

François Chevalier también lo sabe y publica después unos extractos de su diario en el homenaje que se hizo al etnólogo Guy Stresser Péan⁴. ¿Quién es entonces el público de François Chevalier? Es sin duda un público europeo. Imaginemos un solo instante un mexicano que no estuviera familiarizado con España, leyendo esas notas, no sé lo que pensaría de las numerosas comparaciones...

Cronista, historiador, geógrafo, etnólogo... o viajero activo

François Chevalier es antes que todo un cronista, pero a la manera de las exploraciones científicas del siglo XIX o más antiguas, con una sabia mezcla de impresiones, anécdotas, descripciones, apuntes sobre usos y costumbres. Sus cuadernos se inscriben en la tradición de los relatos o relaciones de viaje. Son extremadamente visuales y divertidos. Encontramos en ellos todas las facetas del autor.

Hay el archivista de la famosa École des Chartes (estudios que siguió en París del 1936 al 1939) con esa formación puntiaguda en historia del arte monumental y religioso.

A su llegada en México, François Chevalier se sorprenderá de la mezcla de los estilos arquitectónicos como lo muestra por ejemplo la descripción detallada del monasterio de Actopan durante la visita que hizo el 30 de junio de 1946 :

« Gran convento agustino fortificado de la mitad del siglo XVI. Fachada que recuerda las iglesias andaluzas del mismo período, su pórtico artesonado con pequeños artesones, pero en este caso como aplanados, sin relieve. El campanario recuerda un minarete elegante. La parte alta está coronada de vigías o atalayas y de almenas a su vez coronadas de pirámides. Conjunto sobrio y elegante. El presbiterio es románico casi sin apertura, con contrafuertes espesos y llanos. Sobre la huerta, una galería loggia de tipo netamente italiano. Un claustro gótico pero con molduras del Renacimiento o neo-clásicas, mientras que la galería superior es del Renacimiento. Muy bellos murales entrando a la izquierda, en blanco y negro, sobrios con una influencia como del grabado alemán de Dürer, pero con motivos que también podrían ser primitivos. En la escalera principal, murales netamente inspirados en miniaturas medievales del siglo XV pero en un cuadro arquitectónico plateresco y del Renacimiento. Así es, un conjunto excepcional pero con una extraordinaria yuxtaposición de estilos diferentes : románico, gótico, renacentista, etc. ».

Hay evidentemente el historiador, cuyo principal interés en sus viajes es la búsqueda de la huellas de las haciendas, todas en ruinas como en el caso de *El Bernajo*, que descubre el 6 de septiembre de 1947, cerca de Ixmiquilpan. Esa visita le permite analizar la decadencia de esos latifundios debido a la desaparición brutal del sistema feudal :

« Una gran puerta en un patio estrecho y largo ; en el fondo, un arco en una fachada agujerada por dos pequeñas ventanas introducidas por una especie de zaguán en un pequeño patio con arcadas invadidas por una vegetación exuberante. Habitaciones anchas sobre tres lados, todas tienen bóveda. Del techo, se ve la amplia construcción en cuadrado, con un parapete, una pequeña torre y un torreón grueso y cuadrado, agujerado de troneras. Un verdadero castillo feudal. Del otro lado, una pared alta circunda lo que debe ser una huerta con nopales. Otras construcciones son visibles al exterior (¿serán casas de peones?). Vemos a

⁴ François Chevalier, “Un double voyage dans le Bas-Michoacán en 1947-1948. Indiens et “gente de razón””, *Enquêtes sur l'Amérique moyenne. Mélanges offerts à Guy Stresser-Péan*, México, INAH/Consejo nacional para la cultura y las artes/CEMCA, 1989.

Simón, el arriero, un peón que gana 75 centavos y un cuartillo de maíz para sostener a su familia. La cocinera Lorenza debe de ganar aún menos, pero en cambio, no tiene el valor de desplumar a dos palomas. El mil usos, Hercúlano, parece completamente borracho después de dos vasitos de ron, apenas si entiende lo que le decimos. Uno y otro parecen vivir en cámara lenta, una vida casi vegetativa. Eso es, pienso yo, la degeneración de la hacienda quién, después de haber perdido su papel social de unidad patriarcal donde la gran familia vivía bajo la protección del patrón, pierde su papel económico e, integrándose a una economía de intercambio, tiende a no ofrecer más que sus representantes más miserables de una sociedad en descomposición. La inercia y pereza de una Lorenza deben de ser la reacción inconsciente del peón ante el fallo de la misión que asumía la hacienda ».

Hay también el geógrafo (la primera materia que estudió François Chevalier en la universidad de Grenoble entre 1933-1936) con sus descripciones muy precisas y ese amor a los paisajes. Es el caso por ejemplo del segundo viaje que efectuó en mayo de 1948 a la costa de Michoacán :

« 23 de mayo : Llegamos a una pequeña playa para subir y bajar de nuevo sobre una amplia playa triste de arena negra, completamente desértica : San Juan de Lima, bordeada de matorrales y de dunas resplandecientes de sol. Las olas son completamente amarillas en ciertos lugares, escurrimientos de petróleo creemos (más tarde nos comentarán que era chapopote, un asfalto de esa región). Comida y baño. La arena quema la planta de los pies donde no está mojada. Don Chema va a buscar agua en un rancho situado a media hora. Seguimos la playa. Subimos luego por cerros muy altos atravesando pequeñas barrancas donde los árboles son muy secos. Finalmente, descubrimos una inmensa playa que se extiende hasta nuevas rocas, muy a lo lejos, de un color violeta, ya que se está poniendo el sol [...].

24 de mayo . Volvimos a salir al claro de la luna, siguiendo el mar esta vez, o más bien una serie de pequeñas playas de arena amarilla, entrecortadas de islas y de cabos de roca que hay que escalar por senderos empinados. A veces esteros de agua dulce, arroyos que no tienen la fuerza de abrirse un camino hacia el mar y que forman pequeñas lagunas, filtrándose evidentemente por encima de la fina capa de arena. En una de ellas, percibimos el ojo de un caimán, sobre el cual disparamos en vano unas descargas de pistola. En la noche, Don Chema no encuentra el camino para franquear una alta barra rocosa y nos perdemos en un bosque tropical bastante tupido e invadido de bejuco, ya que está cerca de un estero de agua dulce. Tenemos finalmente que dormir sobre la playa, bajo la cruz del Sur, entre viejos nidos de tortuga de mar, ya que el faro (que se ve a lo lejos) está todavía muy distante... »

En fin, hay el etnólogo que toma apuntes con cautela de todas las procesiones y fiestas a las cuales asistió en su camino. El primero de octubre de 1947 describe por ejemplo una fiesta Huichol en el rancho de Piedras :

« Desde la noche anterior, una especie de Tam-Tam monótono que un Huichol toca delante del “sacerdote”, sentado en un sillón, ese último vestido de rojo, tiene cabellos largos con una corona de plumas verticales o colgando. Canta una especie de letanía (contando el viaje de peyote...) ; a sus pies, maíz, calabazas, etc. y una multitud de mujeres, hombres y niños en círculo, sentados sobre taburetes o en cuclillas, vestidos de colores donde domina siempre el rojo. Los hombres con pequeñas bolsas bordadas de color a la cintura (ornamento muy simbólico representando el venado, el maíz, el alacrán, pájaros, plátanos, más o menos estilizados). El juez con plumas, un aire muy serio, está sentado el también sobre una silla con respaldo. Todo el círculo contesta con una voz más aguda que la del sacerdote. Pequeños huicholitos llevan adornos de plumas. Hombres o mujeres llevan sombreros decorados de flores o de follaje. Esos sombreros son pequeños con un corte estrecho y alto, los bordes a veces adornados de colgantes, como los sombreros chinos [otro bosquejo acompaña el texto]. Consumen continuamente tehuino, un brebaje de maíz, tortillas finas y gruesas y una especie de aguardiente terriblemente fuerte... Esos Huicholes son incansables ! ».

François Chevalier es un poco todo aquello a la vez y nada de aquello. En sus cuadernos mexicanos, no busca hacer trabajo de campo, ni en el sentido geográfico o histórico y menos como etnólogo. No pretende François Chevalier coleccionar informaciones sistemáticas ni desarrollar un cualquier método de observación con la meta de hacer obra o de redactar un opúsculo sobre usos y costumbres. Tampoco busca dibujar una cartografía precisa del país, y menos aún tomar apuntes para su tesis de historia sobre *La formación de los grandes dominios en México : tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII* que está escribiendo paralelamente. Si su manera de observar es extremadamente aguda, lo hace con gran libertad, según la inspiración del momento. Esos cuadernos son más un pasatiempo que cuadernos de campo. La utilización posterior de estos apuntes en sus libros científicos será esporádica, casi fortuita, a pesar de que su más fiel compañero de viaje, el historiador mexicano Ernesto de la Torre siempre afirmará que siente una gran diferencia en los trabajos de François Chevalier cuando habla de lugares conocidos y visitados o de lugares solamente estudiados.

François Chevalier es antes que todo un viajero con alma vagabunda y curiosa, un poco a la manera preconizada por el geógrafo Pierre Deffontaines, a quien conoció durante la guerra en España. Ese último criticaba al « viajero pasivo », incapaz de « reconocer la sorprendente variedad de los paisajes, sobre todo la minuciosa complejidad de la mecánica de las vidas humanas ». Se ataca ya en los años treinta a ese turismo obsesionado por « unos cuantos puntos declarados como grandiosos y señalados con un asterisco en el mapa de carreteras »⁵, sin tomar el tiempo del descubrimiento :

« El viaje se está perdiendo. Se dice ahora de un país que está gastado por el turismo porque se viaja mal. El turista ya no es el que iba donde los otros, contando su propio país a los otros, vive cada vez más bajo un régimen de vida uniforme y ficticio [...]. Hay que eliminar el viaje a toda velocidad. Es deporte, no es viaje »⁶.

En su *Pequeña guía del viajero activo*, preconizaba al revés « constituirse en un alma exploradora que supiera reconocer las particularidades de un paisaje y penetrar su intimidad », de « afilar su curiosidad », de « tener el espíritu en alerta », de tomar apuntes, hacer dibujos o bosquejos, llevar su propia encuesta, estudiar el medio ambiente, « tomar nota de sus primeras extrañezas »⁷.

Es lo que encontramos en los cuadernos de François Chevalier, quién puede describir tanto una escena vivida como una película vista, lo cual prefigura su interés por la literatura popular y el cine como complemento de los archivos. En marzo de 1948, apunta lo siguiente :

« Visto la película *Río Escondido* : una maestra está encargada de educar un pueblo difícil perdido en el Norte ; un cacique local somete todo el país bajo el terror. Dueño de las casas y de las tierras, acapara también el agua bebible – para sus caballos, no más ! – Gran jinete, siempre rodeado y seguido de sus pistoleros y hombres de mano, con sombreros anchos, galopa a toda velocidad en las calles del pobre pueblo, aterrorizando a la indiada y a todo el mundo. El cura es un pobre hombre que no se atreve a decir algo y vive retirado en una cocina abovedada como las de un castillo medieval. Los habitantes viven en la mugre, en unas casas de adobe medio en ruinas. El que trata de reaccionar se da por muerto o debe huir. La maestra, ayudada por un joven médico de un pueblo vecino, logra dominar la situación pero, violentada por el cacique, lo mata, muriendo ella misma en la acción. Las escenas son de un realismo conmovedor, a penas exagerado, quizás con demasiada propaganda para el presidente. Hay en esa película algo poderoso que muestra una cara de México, una voluntad de despertar y un sentido de lo trágico y del arte excepcional ».

5. Pierre Deffontaines, *Petit guide du voyageur actif*, Paris, ESF, 1939, 3ª ed., p.3

6. Pierre Deffontaines, « Qu'est-ce que le camp routier ? », *La route*, número especial, Paris, Les Scouts de France, julio de 1933.

7. Pierre Deffontaines, *Petit guide du voyageur actif*, op. cit.

Remontar el tiempo desplazándose en el espacio

Los cuadernos de François Chevalier contienen también un sueño que ronda a numerosos investigadores que viajan al extranjero y trabajan sobre períodos remotos, ya sean antropólogos, arqueólogos o historiadores : es la idea de que existe todavía en alguna parte un lugar donde el tiempo no hizo su labor... La idea de que, buscando bien, es todavía posible encontrar un pueblo indígena que siga viviendo en la edad de la piedra o por lo menos como antes de la conquista. En el caso de François Chevalier, es sobre todo la España de los siglos XVI, XVII o XVIII que rastrea y tiene a veces la impresión de haberla encontrado a lo largo de sus viajes mexicanos. Como si atravesando el océano hubiera en alguna manera remontado el tiempo ; como si desplazándose en el espacio lograra desplazarse en el tiempo, río arriba. Inspirándose en los principios de sus maestros, François Chevalier piensa que se puede proceder a lo que el llama una « historia regresiva » :

« Iré un poco más lejos todavía evocando algunos recuerdos de mis ilustres maestros quienes fueron precursores. Para el medievista Marc Bloch, más allá del archivo general de la Nación, de por sí esencial, la búsqueda sobre el terreno incluía no sólo el estudio de los catastros locales y de las fotos aéreas, sino también la observación en vivo del paisaje rural, las formas de los campos abiertos o cerrados [...]. Eso era una “historia regresiva” que podía aún preceder las investigaciones en los archivos. Para el etnólogo americanista, Paul Rivet (fundador del Museo del hombre en París), el conocimiento directo del terreno y de los hombres era indispensable para la historia de las civilizaciones indígenas y más aún para la historia de los duros contactos con los europeos y la de los mestizajes que funden todas las naciones latinoamericanas. Paralelamente a mis investigaciones en los archivos de Sevilla o de México, y al estudio de numerosos fondos locales, municipales o privados, aprendí mucho, sobre el terreno, visitando comunidades indígenas y entendiendo sus relaciones ordinariamente tensas con la vecindad »⁸.

En julio de 1946, en Tepic, nota que vió una « casa de estilo netamente siglo XVIII », describe con encanto los « jinetes cabalgando sobre caballos con estribo, envueltos en sus ponchos, con un gran sombrero de paja » que le recuerdan « los castellanos del siglo XVI ». Precisa también que la costumbre de « llamarse con el título de licenciado o de doctor es muy del siglo XVII ».

En agosto de 1946, al llegar a Tlaxcala, queda marcado por el aspecto del zócalo que le recuerda exactamente la descripción hecha por Cervantes de Salazar en 1560 y dice : « La plaza casi no cambió, salvo el inevitable kiosco que construyeron en la parte central ».

El 4 de abril de 1947, asiste en Meztitlan a toda una serie de procesiones y concluye su descripción diciendo: « el espectáculo debe ser exactamente el mismo que en el siglo XVI ». El 29 de diciembre de 1947 en Cohahuayana apunta: « Abí también tengo la impresión de revivir uno de esos pequeños establecimientos españoles del siglo XVI o XVII ».

México ofrece, en efecto, múltiples facetas al viajero del exterior. Pierre Chaunu en su introducción a un artículo de Jean Meyer donde presenta su proyecto de tesis sobre los católicos Mexicanos, afirma que :

« Jean Meyer escogió México porque México anticipa más que en otras partes las evoluciones latinoamericanas, ya que aplasta en forma de caricatura y dramatiza en tormentas y tempestades lo que en otra parte camina y se funde en degrados insensibles, como en Brasil tierra de conciliación ; del México de la

⁸. François Chevalier, “Avant-propos”, *Histoire et Société de l’Amérique latine*, número 3, mayo de 1995, pp. 1-4.

Potencia y la gloria al México de Oscar Lewis, pasando por los Méxicos indígenas, vestigios de un mundo que se muere »⁹.

Todos los que hicieron esa experiencia se abandonaron con delicia, en un momento u otro, a esas tentaciones anacronistas, encontrando en el escaparate de una papelería los útiles escolares de su infancia, viendo durante sus viajes signos de un pasado que en otras partes ha desaparecido : un campesino a caballo, una yunta de bueyes jalando un arado manual, tortillas hechas a mano cocidas sobre un comal de barro... Si esas reminiscencias permiten al historiador proyectarse, visualizar un objeto en su contexto, volver a encontrar la memoria de un ademán perdido, no hay que olvidar que sólo son espejismos y anacronismos y que pueden ser trampas para la interpretación. La perpetuación de ciertas prácticas no es reveladora de un tiempo cuajado, sino indicadora de una evolución diferenciada, de desfases o de resistencias. Ningún mundo, por más apartado que sea, es impermeable a los otros y nuestro baremo espacio-temporal muchas de las veces está impregnado de un cierto europeo centrismo. Nos impide en ocasiones entender la sutileza de esas evoluciones. La coexistencia de modernidades diferentes, la sorprendente facultad de adaptación o de apropiación de nuevas técnicas como la electricidad, la televisión, los juegos de video o ahora el mundo de Internet lo demuestran. Además hay que tener en cuenta la dimensión estratégica desarrollada por ciertos actores, quienes afirman su identidad, jugando con el folklore o con demostraciones ostentosas para obtener del gobierno ciertas ventajas.

Cuando volvimos sobre las huellas de François Chevalier hasta el pueblo de Ostula, viaje que prolongamos hasta Pómaro, un pueblo donde no pudo llegar por más que lo hubiera querido, descubrimos las nuevas estrategias desarrolladas por las comunidades indígenas. Si Ostula jugó en sus tiempos la carta de la modernidad, siguiendo el lema oficial de la « integración del indio a la Nación mexicana », olvidando sus costumbres y hasta el idioma náhuatl ; Pómaro al contrario las guarda con recelo para lograr ser inscrito en el padrón de censo nacional bajo la etiqueta de indígenas y así poder negociar cierto tipo de ayudas.

En su *Apología para la historia o el oficio de historiador*, Marc Bloch, antiguo maestro e inspirador de François Chevalier, dedica un capítulo sobre el tema « Entender el pasado con el presente », y cuenta lo siguiente :

*« La incomprensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero no es menos vano agotarse a entender el pasado si no sabemos nada del presente. En otras ocasiones ya narré esa anécdota : acompañaba en Estocolmo a Henri Pirenne, apenas llegamos éste último me dijo : “¿Con qué empezamos? Parece que hay una alcaldía muy nueva, empecemos con ella” y como si quisiera prevenir mi extrañeza añadidó : “si fuera anticuario sólo tendría ojos para las cosas viejas. Pero soy historiador, es por eso que amo la vida”. Esa facultad de apreciación de lo vivo, esa es la cualidad maestra del historiador »*¹⁰.

Es esa facultad de apreciación de lo vivo que sentimos en todo momento con François Chevalier. Sus cuadernos mexicanos no sólo son un testimonio precioso sino también un relato inspirado que nos transporta y nos invita, como lo hicimos, a volver sobre sus huellas, a apuntar con el dedo el mapa diciendo « Quiero ir allí ».

⁹. Pierre Chaunu, “histoire très contemporaine et sociologie”, introducción al artículo de Jean Meyer, “Pour une sociologie des catholicismes mexicains. Notes et jalons”, *Cahiers de sociologie économique*, número 12, mayo de 1965, p.81

¹⁰. Marc Bolch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, Paris, Armand Colin, 1974, p. 47.